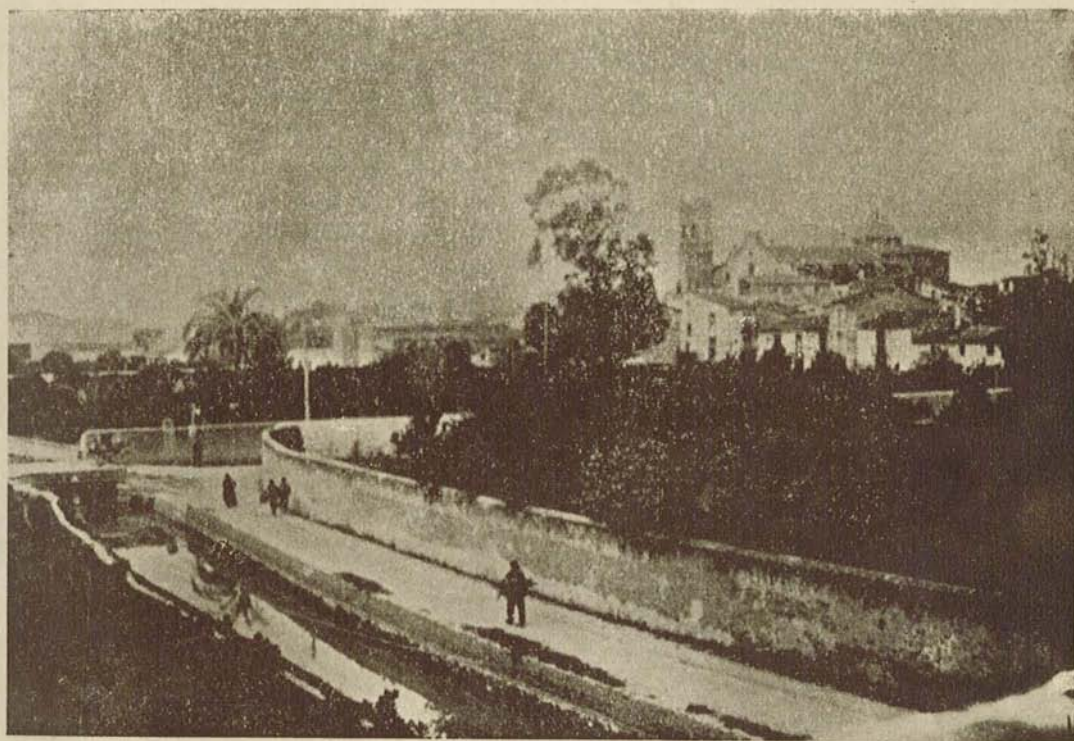


NUMERO EXTRAORDINARIO ILUSTRADO

La Catástrofe de Villarreal



VISTA GENERAL DE VILLARREAL

Precio: 15 Céntimos.

 Revista de Castellón

 No se devuelven los originales aunque no se inserten.  La correspondencia al Director: Asensi, 4 

Don Marcelino Menéndez y Pelayo

El telégrafo, con su lacónica brevedad, ha anunciado á todas las regiones de España la muerte del eminente polígrafo, acaecida la tarde del 19 del corriente, y al otro día las hojas diarias de los diversos matices políticos reflejaban en sus columnas la inmensa emoción producida entre los amantes de las glorias nacionales por el conocimiento de nueva tan infausta. Las academias, universidades y demás centros de enseñanza, enarbolaron las banderas á media asta, las Cortes se asociaron al profundo duelo y el Gobierno de S. M. se manifestó resuelto á no escatimar los honores que se reservan á los patricios eminentes: los problemas de palpitante interés dejaron de acalorar los ánimos reconcentrados en el hondo dolor nacional, pocas veces tan espontáneo y sincero por desgracia, como el que ha causado la desaparición del mundo de los vivos del portentoso y colosal D. Marcelino Menéndez Pelayo.

El joven que sin tener la edad, á los veintiún años, gana la cátedra de Literatura de la Universidad de Madrid, y publica el libro de los Heterodoxos, consiguiendo que las academias se apresuren á franquearle sus puertas y las inteligencias más perspicuas se asombren de su vasta erudición, su talento soberano, su laboriosidad infatigable, y se revela de pronto como uno de esos fenó-

menos extraordinarios con que la Providencia de vez en cuando enaltece la condición humana, para compensarla en parte de su pequeñez y su miseria, no necesita los elogios de la admiración: su panegírico está escrito en su incesante labor literaria, y su nombre nos reintegra á la cultura de los pueblos más adelantados, haciendo ver con claridad meridiana, que si somos principalmente un pueblo de artistas, nuestros sabios y pensadores no van tampoco á la zaga de las reputaciones extranjeras más envidiables.

No es este el momento de aquilatar el mérito excepcional de libros como «La Ciencia Española», «Las Ideas Estéticas», las antologías de poetas castellanos, los estudios sobre Lope de Vega y la traducción de las obras de Marco Tulio Cicerón, junto con los innumerables discursos y monografías leídas en academias y festividades literarias, que llenaron de pasmo á sus oyentes por la riqueza de datos unida á la excelsidad de las ideas, que elevaban las pesquisas de la erudición á la altura de la Filosofía y la Ciencia, como acaso ninguno de sus predecesores había soñado jamás; ahora sólo debemos entregarnos á las tristes reflexiones que inspiran las vicisitudes de la existencia, y á los amargos lamentos en que nos hace prorrumpir la muerte que va segando poco á poco las vidas de los españoles, honra de su nación, sin que veamos surgir por ninguna parte los que han de reemplazarlos

Creemos que pasarán años y tal vez siglos, antes que vuelva á aparecer en nuestro suelo un cerebro tan potente como el de Menéndez Pelayo, tan sagaz en la investigación, tan hondamente penetrado de los abstrusos problemas teológicos y metafísicos, de un juicio tan amplio y seguro al criticar los partos intelectuales de los ingenios europeos, y de una fecundidad de léxico sólo igual á la pasmosa fecundidad de su incansable producción, que parece la obra de un cenobio de benedictinos y no hija del esfuerzo de un escritor abandonado á sus propios recursos; y porque así lo creemos, renunciamos á los himnos encomiásticos y á las hipérboles retóricas, que siempre habrían de quedar muy por debajo de la reputación que pretendiesen poner en las nubes.

El mejor modo de honrar al eximio catedrático, que tantas grandezas olvidadas por nuestra incuria ha desenterrado del polvo de las bibliotecas y los archivos, es leer y releer sus libros, aprender sus lecciones, imitar su laboriosidad y su modestia, y seguir con él la senda «por donde han ido—los pocos sabios que en el mundo han sido», después de verter una lágrima á su memoria y esparcir una flor sobre su tumba; esto nos lo agradecería, si pudiera, más que las apoteosis ostentosas que se tributan á los grandes de la tierra.

La redacción de la REVISTA se asocia traspasada de dolor al sentimiento que ha producido la muerte del sabio maestro, y promete no olvidar sus fecundas y provechosas enseñanzas. Vino nuevo en odres viejos; las corrientes del progreso en las formas artísticas y perfectas del Helenismo.

LA REDACCIÓN.

Los dos perros

FÁBULA

Érase que se era
Un perrillo de aguas,
Blanco como espuma,
Limpio como el nácar,
Juguete del niño
Y gozo del ama,
A quien ora lame
La risueña cara,
Ora juguetea
Saltando en su falda;
Después en sus manos
Cien besos estampa,
O finge que el diente
Con ira le clava.
¡Oh! qué alegres días
El perrito pasa,
Pues son recompensa
De sus lindas gracias,
Bizcochos rellenos,
Chuletas asadas,
Terrones de azúcar,
Collares de plata.
En fin, como á niño
Mimado le tratan,
Porque es la delicia
De calles y salas.
Este, pues, un día,
Al mastín de raza
Que junto á la puerta
Amarrado estaba,
Con tropos floridos
Retórico le habla
Así:—Qué mal premian
La noble constancia
Con que de ladrones
A los amos guardas.
Defiendes del lobo
A la res que bala,
Y yo saboreo
Su mejor pitanza;
Con ladridos crueles
La pierna amenazas
Del desconocido
Que penetra en casa,
Y por tus proezas,

Tal vez te regalan
 Recio garrotazo
 Que te descalabra;
 Tu mejor bizcocho
 Es la negra hogaza,
 Y huesos roidos,
 La carne que mascas;
 Con la luna velas,
 Con el sol trabajas,
 Y qué ruín salario
 Es ¡ay! el que ganas.
 Oye mi consejo
 Y no seas mandria;
 Grita si yo grito,
 Haz lo que yo haga;
 Juega con el niño,
 Acaricia al ama,
 Y de vez en cuando
 Hasta á la criada,
 Verás como al punto
 Tu fortuna cambia.
 En fin, acomódate
 A las circunstancias,
 Y el mejor partido
 De la vida saca.—
 El perro ofendido,
 Que la perorata
 Aguantar no pudo
 En tranquila calma,
 A su compañero
 Así contestaba:
 —Sigue enhorabuena
 Con tus ruines trazas,
 Adulando al niño
 Y alegrando al ama:
 Pues tan poco vales
 Para empresas altas,
 Justo es que te emplees
 En hacer nonadas;
 Mas yo que he nacido
 Por mi noble casta
 Para andar errante
 Entre las montañas
 O ahuyentar al lobo
 Que al redil espanta,
 No dejaré nunca
 Mi vida esforzada,
 Llena de peligros
 Y de honrosa fama,
 Por las tonterías
 Y lisonjas vanas
 En que se entretiene

El perrillo de aguas.
 Sé que en este mundo
 La justicia es farsa,
 La lealtad se olvida,
 La bajeza agrada;
 Mas si por la senda
 Que á mis pasos trazas
 Se consigue solo
 Ventura colmada,
 Desde hoy para siempre
 Renuncio á gozarla,
 Y no me lamento
 Al ver cómo pagan
 Los grandes servicios
 Que presto á la casa,
Pues no es caso nuevo
Ni conducta extraña
Que pase lo mismo
En la gente humana,
Donde la corona
Al valor guardada,
Viene la lisonja
Y se la arrebatá:
Y nunca el más noble,
Mayor premio alcanza;
Antes son amigos
Mérito y desgracia.

GERMÁN SALINAS.



El hallazgo

(De una excursión á la Sierra de Espadán)

Éramos jóvenes y alegres. ¿Qué nos importaba, pues, que el sol nos tostase y que las personas de seso nos asegurasen que á las doce de un día de Julio no se podía subir el Espadán? En cuanto á mí, era la primera montaña de tal altura que escalaba, y por nada del mundo hubiera perdonado el espectáculo que presentaba desde su cumbre la

sierra ardiendo bajo los rayos del sol en el meridiano. Nunca como entonces ví dormir á la Naturaleza en pleno día; diríase que seesteaba abrumada, rendida por el calor sofocante de aquella tarde de verano. Sin embargo, el aire, allá arriba, era refrescante y lo absorbíamos ansiosos á la sombra de una peña que corona el coloso de la sierra, asiento tal vez de la atrevida águila.

La primera impresión que produjo en mí el mirar bajo mi nivel tanto monte y llanura, acá y acullá pueblecitos perdidos en las revueltas de una cañada, ó á lo lejos en la Plana, fué la de una soledad profunda. El espacio y el tiempo me parecieron allí más palpablemente eternos, girando en la incansable rueda del infinito.

Un movimiento vino á sacarme de mis meditaciones: nuestro amigo el doctor G. que figuraba como excursionista, por no decir que él era el alma de este nuestro turismo provinciano, sacó su reloj. «Señoras, señores: Lo siento mucho, pero, á las tres, en el barranco, á las cuatro en la gruta...»

En marcha. Más agradable la bajada, por la pendiente opuesta mucho más escabrosa y aguda, no dejaba de ofrecer dificultades. Pero la esperanza de hallar la famosa gruta, nos animaba. Además, el barranco cuya vista desde lo alto causaba vértigos, presentaba ahora un panorama pintoresco, cruzado por cristalinos arroyos, en los que se miraban millares de adelfas, llorando sus añoranzas en aquellas soledades.

Era preciso buscar un guía y no nos fué difícil hallar un leñador que de buena gana se ofreció á ponernos en la boca de la cueva. «Porque—según dijo—nosotros solos jamás hubiéramos dado

con ella. El hallazgo de aquella cueva no era fácil y tenía su historia».

—¡A ver, á ver, cuente V.!—exclamamos con la curiosidad natural.

El leñador se dispuso á complacernos, y empezó así:

—«El primero que se asomó á ese abismo, al que no podrán bajar sino por escalas, fué un pobre pastor de estos contornos. Era forastero y casó con una hermosa mujer de Aragón. Pero su luna de miel le duró poco; su esposa murió, dejándole una niña. Cuando le consolaban en su desesperación, lo único que le hacía volver en sí era el recuerdo de su hijita. Y con ella se consoló; la criaba con una de las cabras más mansas del rebaño, gustaba de tenerla en brazos. las horas muertas buscándole la risa, y reía mientras la imagen de la madre se le venía á las mentes renovando sus tristezas. Una mañana, la pequeña amaneció tristonja; y antes de salir su padre, á duras penas logró de ella una sonrisita; la niña no vivió muchos días más; «los ángeles la quisieron para ellos»—como decía el pastor llorando—y «le habían dejado solo en el mundo» Desde entonces, rara vez se le veía por el pueblo; se volvió hosco y retraído y no faltó quien temiese por su vida; pero yo, hablando con él un día en el bosque, comprendí que el pastor inconsolable nunca cometería tal atentado; era creyente, y buscaba la soledad para rumiar sus penas y vivir de recuerdos.

«Aún había para él algo de interés en el mundo; algo que le traía á la memoria la dicha pasada: la cabrilla que había amamantado á su hija.

«Pasó un invierno crudo, y empezó el verano con los calores, sin que mejorase el caracter del pastor. Una tarde, mien-

tras tejía enea sentado en este mismo sitio, mirando, por el ganado oyó un balido lejano, extraño y desgarrador, como si una de las reses se hubiese precipitado al barranco. Nunca le había ocurrido tal desgracia con ninguna de las suyas, pero ¡hacia tanto tiempo que la fortuna le era contraria! Y no cabía duda: el quejido era de su Estrella, la cabra que había criado á su hija. En vano voló con ansiedad al lugar del cual parecían proceder los gemidos cada vez más agudos y lastimeros; cuando creía estar más próximo, se alejaba sin darse cuenta. Las quejas de dolor ibanse apagando para resonar de nuevo en tonos desesperantes, y el pastor, conmovido, no sabía ya qué hacer, hasta que situado en el punto desde el que parecían más cercanas, percibió en medio de la loma una hendidura de roca que él había creído interior. Aplicó allí su oído y ya no le cupo duda: aquél era el sitio. Registrando el lugar descubrió un oscuro y bajo pasadizo, entrada á algún pozo que debió ser tumba de su animalito. Pero ¿la iba á dejar morir sin salvarla si podía, ó sin verla por última vez? Sin temor al peligro, el joven penetró arrastrándose por aquel corredor, hasta que la parte superior de su cuerpo sin base, se asomó á un abismo iluminado débilmente por un rayo de luz. Lo primero que vió fué el animal á tres metros más abajo, bañado en sangre. Luego que hubo dominado aquella primera tristísima emoción, otra le sobrevino al descubrir sus ojos hechos á la oscuridad, un templo maravilloso labrado en mármol negro, reluciente, con el pavimento de cristal en el que se reflejaban las bóvedas y columnas con sus imágenes extrañas...”

Algunos momentos más tarde, uno

tras otro, bajábamos á la gruta, con la ayuda de la maroma. La visión del pastor era exacta, descartando la superstición que le ofuscó los sentidos, haciéndole delirar por tres días.

Una vez más, la Naturaleza, generosa sin cálculo, derramaba bellezas tanto bajo la tierra como sobre ella, y como en los lugares visibles y apreciados, en los desapercibidos é ignotos. Un tragaluz sabiamente abierto en lo más alto de la bóveda, esparcía débil claridad en aquel recinto. Allí las estalactitas y estalacmitas en combinaciones caprichosas, formaban columnas labradas, cortinajes de filigrana bordados, lámparas de moldes fantásticos, suspendidas en el espacio... todo un templo que la exhuberancia y lujo de adornos hacían aparecer más pagano que cristiano. Por una coincidencia debida al terreno, la labor del agua resultaba negra como el azabache; diríase aquello misteriosa necrópolis edificada en mármoles negros, templo de la muerte, ó antesala de los suntuosos alcázares del raptor de Proserpina.

Cuando salimos, el fresco del interior nos había hecho olvidar el sol que nos esperaba. El astro rey nos pareció entonces mucho más esplendente y glorioso presidiendo su reinado de luz, todo alegría y belleza.

Y para no vernos obligados á perderle y usar de aquella su pálida suplente de la noche, nos apresuramos á retirarnos antes que declinase el día, comentando la leyenda del pastor y el hallazgo de la pagoda de ébano á las faldas del Espadán.

ELISA PÉREZ.

